Poemas

Por Jaime Sabines

Empiezan las lluvias y empiezan los colores.
Brotan de la tierra: verdes, ocrés, amarillos.
Manchones tiernos y rojizos allí donde la paja
acalorada proclamaba su angustia. Brotes
nuevos, ramas sarmentosas que dan signos de
vida, se levantan, se visten, penetran en el
aire. ¡Hasta el aire: retoza, es fresco y es
divino!

La sequedad ha abierto la tierra en muchas
partes. Hendeduras y surcos malévolos,
terrones antiquísimos, grietas que conducían
quién sabe a dónde, a las hormigas, los
escarabajos, las serpientes (ponías la
manguera y se tragaban toda el agua del
mundo), ahora empiezan a desaparecer, a
colmarse. La lluvia llega a las raíces, por fin,
la clorofila sube.

Es un regalo para los ojos, para la piel esta
mañana. Sientes como si tu sangre también
hubiese sido regada por las primeras lluvias.
A las cinco y media ya es de día. Y el día
tierno, tierno, tierno, nubladón y ventisquero,
te convida a jugar. ◇

¡Aleluya, la madre! ¡Aleluya el tiempo!
Hay que sentir el frío para darse cuenta del viento.
Un buen trago y una buena lumbre.
Un buen amor entre las piernas.
¡Aleluya la suya! ¡Alelamiento,
que se acabe el tiempo!

Corre que corre que corre el viento.
El frío me tiene en su pensamiento.

Se engarrotan las manos,
se me hace nuca el cuerpo,
palo la nuca, vidrio el aliento.
¡Qué desgraciado frío,
qué desmomento!
¡Qué deshauciado,
qué rápido,
qué lento!

Un café, por favor, un aguardiente,
un aguardiente,
un soplo de una brasa,
una cobija, un lienzo... ◇